

# Homenaje al Maestro Doctor Edmundo O’Gorman

Introducción de: Maestra Nicola KUEHNE HEYDER

Presentación: Dr. Mario HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA

Conferencia Magistral Dictada por: Dr. Edmundo O’GORMAN O’GORMAN

## INTRODUCCIÓN

Del 27 de octubre al 7 de noviembre pasados, diversas instituciones españolas, a iniciativa de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, llevaron a cabo una serie de actos con motivo del 80 aniversario del nacimiento del Dr. Edmundo O’Gorman O’Gorman.

Cabe destacar entre estas instituciones la Universidad Complutense de Madrid, que a través de sus Facultades de Geografía e Historia y Filología organizaron un evento en el que el Dr. O’Gorman dictó una Conferencia Magistral, dividida en dos sesiones, a la que denominó «La Invención de América» y cuya presentación corrió a cargo del eminente historiador Dr. Mario Hernández Sánchez-Barba, Director del Departamento de Historia de América.

La presencia del Dr. O’Gorman y la entrañable acogida que por parte de la Comunidad Universitaria se le rindió fue precedida por su vasto quehacer historiográfico donde nos muestra el profundísimo conocimiento de las obras de José de Acosta, Bartolomé de las Casas, Pedro Mártir de Anglería, Gonzalo Hernández de Oviedo y Toribio de Benavente —Motolinía—. Sus ya clásicos *La Idea del descubrimiento de América* y *La Invención de América*; así como *Cuatro historiadores de Indias*, *Supervivencia política novohispana*, *Crisis y provenir de la ciencia histórica*; y el fundamental libro para entender la realidad mexicana *México, el trauma de su Historia*.

Haciendo referencia a palabras del Dr. José María Muriá Rouret, hoy Director del Archivo Histórico «Genero Estrada» de la Secretaría de Relaciones Este-

riores de México: —«Motivo de «trauma» es, sin duda, el sólo hecho de ser historiador, y más aún en este país nuestro que posee una historia tan compleja... y tan dolorosa para quien, como O'Gorman, se ha comprometido tan intensamente con ella, al estudiarla con una vocación y una perspectiva que lo mismo tiene de historiográfica que de autobiográfica.»— Y prosigue: —«Siempre me ha llamado la atención la forma como este historiador se compromete con su pasado, por lo que su obra adquiere tintes muy particulares, al mismo tiempo que pasa a formar parte de nosotros mismos».

Palabras que adquieren especial relevancia en estos momentos en que parece que el «interés político» se antepone al «interés científico» a causa de una fecha: 12 de octubre de 1492.

¿Descubrimiento? ¿Encuentro? ¿Invencción? Dejemos que sea el propio Don Edmundo quien eche luz a esta oscura inquietud, pero siempre recordando una frase que el Dr. Mario Hernández Sánchez-Barba cita en la Presentación de «La Invencción de América»: —«...La libertad del historiador frente al Estado debe de ser absoluta»—.

N. K. H.

### *PALABRAS DEL DOCTOR MARIO HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA*

Maestro Arturo Azuela, Profesores del Claustro Universitario, Estudiantes de las Facultades de Filosofía y Geografía e Historia; querido y admirado maestro Edmundo O'Gorman: Maestro por doble condición; por la de su profunda inteligencia, y Maestro sobre todo y especialmente por su condición de Profesor, actualmente Emérito de la Universidad Nacional Autónoma de México, Maestro como Presidente de la Academia Mexicana de la Historia.

Hace 9 años celebramos en la Universidad Complutense el 1<sup>er</sup> Encuentro de Historiadores Hispano-mexicanos; al frente de la Comisión de México venía el Doctor O'Gorman con otros 5 o 6 grandes historiadores de la Nación hermana, vecina y compañera. Los historiadores españoles entonces —los que no le conocían y los que teníamos el honor de considerarnos sus discípulos—, tuvimos la inmejorable ocasión de comprobar quién era y en qué medida sentía la condición universitaria el maestro O'Gorman. Yo, que tuve el honor de presentarle en aquella oportunidad, siento en estos momentos una profunda responsabilidad

porque no sé, del amplio currículum que se podría exponer del profesor O'Gorman, cuál vendría a ser el más adecuado para que ustedes comprendiesen la profunda satisfacción que personalmente en estos momentos me invade, por tener ante la mayoría de los que están aquí, amigos míos, a uno de los Maestros grandes y máximos de la Historia Contemporánea, que es el Doctor O'Gorman.

Voy a destacar fundamentalmente dos notas y una característica: las notas que se encierran en el discurso de contestación al ingreso como Académico de Número de Josefina Zoraida Vázquez, ilustre discípula del Dr. O'Gorman, y que están representadas, fundamentalmente, por la defensa realizada por el maestro O'Gorman de la libertad en el historiador ante el Estado y el amor entrañable que reporta en ese discurso el sentido, su significado, de ese amor auténtico que hacía el Dr. O'Gorman por esa libertad.

Porque tengo dicho en alguna oportunidad que la Universidad sin maestros no es nada y maestros sin discípulos, menos; esta relación fundamental es la entraña de la universidad y en ésta tenemos que situar al maestro O'Gorman, que ha sido Maestro de generaciones en México; ese México que un día llevó hasta ahí la semilla de España en el alisio y que ahora nos devuelve el contra-alisio en la semilla criolla de este eminente hombre, que es el maestro O'Gorman, hasta España.

Alisio y contra-alisio maestro O'Gorman; por eso el Maestro ha profundizado de manera tan radical en el problema del Descubrimiento, pero lo ha hecho desde el punto de vista de la Historia de las Ideas, de lo que es y significa y si puede llamarse así o no, o es más bien otra onomástica, otro nominalismo lo que contiene. El Dr. O'Gorman ha profundizado de tal manera en la Historia Americana, que es también Historia de España, que prácticamente se ha planteado los problemas más fecundos y radicales que puedan darse en la historiografía que sobre el problema del Descubrimiento, como aquel Seminario inolvidable que tuve oportunidad de asistir un día en la U.N.A.M., que dio el maestro O'Gorman sobre Fray Servando Teresa de Mier. Inolvidable, por el modo y la precisión con que conducía su pensamiento para crear ese discipulado sin el cual, realmente no sé hasta qué punto, se puede cumplir la función universitaria. El maestro O'Gorman es esto, Maestro de Historiadores; y Maestro de Historia no solamente de México, sino también de España y Europa, porque sus críticas a algunos planteamientos historiológicos como los de Lafaye, son todavía un modelo fundamental de precisión, crítica; es decir el «Hasta aquí se puede aceptar, pero desde aquí es imposible pasar». Sus análisis historiológicos sobre el Padre Acos-

ta, sobre Las Casas, sobre el pensamiento y la Idea de América son verdaderamente un testimonio inestable que tenemos los americanistas de aquí y de allá.

El maestro O'Gorman ha planteado, ha llevado a cabo esa defensa siempre de la libertad en la Historia, quizás lo máspreciado que pueda tener un historiador enfrentado radicalmente con el poder del Estado. Porque el historiador es la voz de la conciencia nacional, un historiador es la voz que expresa la verdad sin ambages; que busca la realidad y que en esa búsqueda nos encontramos al maestro O'Gorman ocupando un puesto preeminente, reconocido en el mundo entero y de modo especial en España, donde se le quiere y admira, y en donde es acogido por lo que es: un Maestro genial de la historiología al cual nos sentimos vinculados, así como orgullosos de poder llamarnos en algún momento sus discípulos.

Aquí, en presencia del Maestro Azuela, Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la U.N.A.M., cuyo nombre tiene resonancias tan profundas, tan importantes en el campo de la cultura y de la expresión, ya sea por él mismo o también por ese gran novelista pariente suyo que fuera el primero en plantear en el proceso de la Revolución Mexicana el grito de la importancia de «los de abajo». No me podrá dejar en mal lugar si digo que este hermanamiento que estamos haciendo ahora las Facultades de Filosofía y Letras de la UNAM y las de Filología y Geografía e Historia de la U. Complutense, se patentiza con la presencia del maestro O'Gorman.

Vamos a dejarnos de compartimentos y vayamos a lo universal; lo universal que significa que el maestro O'Gorman, sabio entre los sabios de la historia, a quien yo ahora y aquí reconozco como uno de los más grandes y preclaros eruditos de la universidad universal. Muchas gracias.

#### *CONFERENCIA DEL DOCTOR EDMUNDO O'GORMAN.*

*I PARTE: 27-X1986*

Maestro Mario Hernández Sánchez-Barba, excelentísimo Señor Embajador de Colombia, Señores Catedráticos y Estudiantes: no puedo menos que empezar agradeciendo profundamente las tan sentidas palabras y elogios que acabamos de escuchar del Dr. Mario Hernández. Inmerecidas, bueno, no completamente... excesivas, muy excesivas. Es muy grande la distinción que me concede esta ilustre Universidad por haberme invitado a hacer uso de la palabra en este

recinto, en esta tribuna. Extraordinario privilegio que ilumina el ocaso de mi vida con el brillo de un honor para el que no hallo las apropiadas palabras para expresar la gratitud de mi conmovido corazón.

Es reciente la fecha en que la España oficial y académica ha conmemorado un aniversario más del sorprendente desenlace del primer viaje transoceánico de Cristóbal Colón. Gesta extraordinarísima, realizada bajo el patrocinio de los Reyes Católicos y de la cual, pese a los ríos de tinta que en su torno se han derramado, mucho es todavía lo que puede y debe decirse. Ya que no en términos apologéticos que han llenado «at nauseam» infinitas páginas, sino más profundamente, el intento de sacar a luz y difundir lo verdaderamente trascendental de esa epopeya en el orden del pensamiento científico de nuestra Cultura o, más puntualmente dicho, esa formidable mudanza histórica que fue la liberación del hombre de los grilletes de una venerable, pero ya arcaica, concepción del mundo. Tal, distinguido auditorio, es el principal propósito de esta Conferencia.

Requiere el cabal cumplimiento de este objetivo, dividir en dos partes la disertación con un breve intermedio. Les pido la benevolente paciencia que espero me harán la gracia de prestarme.

La primera parte la dedicaré al desmonte de la ya venerable interpretación, que como «Descubrimiento de América» se lo ha dado al desenlace del primer viaje colombino. Porque esa manera inadecuada de entender ha ocultado su más trascendente significación.

Liberados de este impedimento podremos embarcarnos en la segunda parte, beneficiando, como punto de partida, el rendimiento conceptual de la primera. Sea esa, la aventura a la que los invito a compartir conmigo.

Según acabo de decir, el 12 de octubre de 1492 se dice y se redice que Colón descubrió América. Esta proposición ha alcanzado rango de apodíctica, pero pregunto: ¿esa descripción es verdaderamente reflejo de lo que aconteció en esa fecha? Para ser verdadera debería tener el apoyo de los testimonios coetáneos. Pero no lo tiene; ni Colón, ni nadie habló de un descubrimiento de América en ese momento, ni mucho después. Por lo tanto, «Colón descubrió América» no describe un suceso; interpreta un suceso. Desde el momento en que empezamos a poner en duda tan venerable proposición, cuando vemos que es una interpretación, claro está, que está abierta a la duda; pero preguntemos o debemos preguntar: ¿Quién, cómo, por qué, cuándo se dijo eso por vez primera? ¿Cuál el

fundamento para decir «Colón descubrió América»? En un estudio extenso que hice, llamado *La Idea del Descubrimiento*, pude averiguar qué quien primero formula esa interpretación fue Gonzalo Fernández de Oviedo. Y se pregunta uno: ¿Con qué fundamento hizo esa interpretación Oviedo? Advierte uno que sólo pudo decirlo cuando ya las tierras que empezó a hallar Cristóbal Colón habían sido concebidas como una unidad geográfica distinta a Europa, Asia y África, es decir, sólo pudo hacerlo cuando ya debía saberse la existencia de un ente histórico-geográfico llamado América.

Ahora bien, esto es, ustedes lo saben bien, futuros estudiosos de la historia, una interpretación susceptible de criticarse y de desecharse porque lo que hizo Oviedo y lo que muchas veces se hace es interpretar un hecho a la luz de un suceso posterior. Oviedo sabía que estas tierras eran esa unidad; América. Y así pudo decir y sólo así pudo decir: «Colón descubrió América». Pero es algo de lo que Colón no tuvo la menor idea. Es una interpretación, pues, en base a un suceso posterior; interpreta un suceso anterior. Diría un jurista que eso es una interpretación anticonstitucional por ser retroactiva.

Para ilustrar con un poco de gracia esta idea fundamental inicial de mi conferencia, quiero recordar una anécdota narrada en algún libro del ilustre Maestro español Ortega y Gasset: habla de un dramaturgo ingenuo que escribió una pieza de teatro. En una de las escenas, un soldado español se despide de su novia diciéndole: —«Adiós, mi vida... parto a la Guerra de los Treinta años».— En esta reflexión baso mi juicio para poner en crisis los fundamentos de la venerable proposición «Colón descubrió América».

Ahora vamos a reflexionar cómo ese paralogismo se delata cuando con esta visión examinamos muchos libros que hablan y describen el llamado «Descubrimiento» cuando el historiador afila su pluma para decir algo muy «espectacular»: «Colón sale de España, hay un motín, tormentas...» todos los problemas que sabemos que sufrió, y por fin... ese día 12 de octubre se vislumbra la primera tierra, una isleta. Y aquí es donde todos ponen su pluma en guardia: uno dice... —no voy a decir el nombre de los autores—: «Y en ese momento se disparó un cañonazo y... ¡Se descubrió América!»; y la otra es aún más pintoresca: «En ese momento, cuando Colón vislumbra la tierra, América gentilmente entregó su virginidad a los castellanos». ¡Puro cuento de hadas! No es así la historia. Es, pues, un puro suceso mágico lo que nos tratan de describir, no un proceso histórico que es lo que se debe analizar. De paso diré que es tan espectacular esta proposición, tan mágica, que claro, apela al sentir popular. Personalmente, queridos

amigos, estoy en contra de esta «Proposición». Digo que está bien conmemorarla así, porque esa es la tradición, eso es lo que se ha usado, eso ya tiene también su historia, es un proceso histórico. Pues es bonito festejar una cosa de ese volumen, tan espectacular como lo es el que de repente... ¡América!; pues sigan, sigan, porque una conmemoración no es una cátedra de Historia. Tiene otros adjetivos, otros motivos. Aquí, en este recinto universitario, sí vamos a hablar de esas otras razones, esa otra manera de ver y sustituir esta bella leyenda por lo que realmente pasó.

Nos tendremos que preguntar entonces ¿Qué fue lo que realmente pasó? ¿Cuándo, cómo, por qué hizo acto de presencia ese ente gigantesco que llamamos América? Por lo pronto, estamos *in albis*; no fue descubierta. Entonces: ¿Cuándo apareció? Un enigma que parece así sacado de la nada, que procuraremos disipar.

Ahora bien, el método será un análisis conceptual de la empresa colombina. Nos vamos a embarcar con Colón en sus cuatro viajes y con Vespuccio y otros, pero para reducir a conceptos lo que nos entregan los testimonios como sucesos geográficos, exploraciones, aventuras, etc., no nos debe importar si llegó a tal o cual islas, cuánto se tardó, si soplabla el viento, etc. Es importante, está muy bien, se ha trabajado muchísimo y hoy nada menos hay un nuevo historiador americano que ha encontrado otra isla que es, según él, la del arribo, de la llegada. Bueno, si en Guanají o Long Island o la que sea, no importa para este análisis. Pero para que Ustedes sean tan amables en seguirme, les tengo que poner una condición, porque si no la cumplen es inútil. La condición es que admitan sinceramente, de verdad, que en ese momento, en ese viaje, no hay NADA al que se le concede el sentido de SER América. Literal, verdaderamente, no EXISTE América. Existe una masa de tierra, desconocida para los europeos, pero su SER, el QUE ES, no es «América». Es algo ignoto para los europeos. Por esa misma razón, cuando Colón sale de Europa, ese viaje se lleva a cabo y se emprende en un total vacío «americano». Concédánmelo y verán que al final les dará un premio. Verán cómo va a surgir ese colosal SER que en esos momentos no existe.

Colón sabe que la Tierra es una esfera, que es igual viajar por un lado que por el otro para llegar a la India. Colón piensa, insiste, en que la Tierra era mucho más pequeña y entre más pequeña menos largo el viaje, por tanto. Insiste que es más prolongada y por ende, mientras más prolongada más corto el viaje. Eso es lo que los sabios españoles de su época no le concedían... y tenían

razón. Y eso es lo que era discutible de su proyecto, y no todas las versiones que se han estado formulando.

En esto hay algo muy importante, porque Colón promete encontrar un litoral asiático en un punto muy cercano, o relativamente cercano a las costas de Europa.

Embarquémonos, pues, en ese mencionado viaje y lleguemos a ese momento «mágico» antes formulado. Lo importante es que Colón halla en ese lugar una isla... una pequeña isla a la que nombra San Salvador. Esto es capital. Porque he aquí que Colón, a quien le habían pronosticado que nunca iba a dar con tierra, que se ahogaría; en el lugar más o menos en el que pensaba que había tierra... la encontró. Pónganse Ustedes en el caso de él: «Tenía yo razón, la Tierra es más chica, Asia es más prolongada. ¡Aquí está!» Esta experiencia profundísima de Colón, que le da la razón contra todos, lo va a marcar para siempre.

Colón, pues, queda convencido, absolutamente convencido, de que esa pequeña isla es una isla aledaña a los litorales asiáticos. Inicia una exploración en ese archipiélago tan nutrido, viajando de isla en isla, de costa en costa y se encuentra con más islas, con palmeras y con nativos desnudos. Contra la idea que él trae, la que se tenía en el mundo medieval, de la riqueza espléndida de Asia —palacios de oro, flotas enormes, elefantes, joyas—, ideas heredadas de Marco Polo. No encuentra nada de eso. Dirán ustedes que esto es la decepción más espantosa: de ningún modo. Ya en su corazón se encendió la llama de la seguridad y de la esperanza. Va de cabo en cabo siempre con la esperanza de que en el siguiente dará con todas las maravillas con que él sueña. Colón, pues, está seguro, gracias a ese hallazgo inicial en el lugar que él predijo, de haber llegado a lo que se llamaba el extremo de la Isla de la Tierra; formada por Europa, Asia y África. Nada le sacará de la conclusión de haber llegado ahí, y así hasta su muerte.

Les voy a leer un pequeño párrafo del Padre Las Casas que, al observar este curioso fenómeno, dice: «...maravillosa cosa es cómo lo que el hombre mucho desea ya asentado en su imaginación, cuanto oye y ve a cada paso se le antoja ser a su favor...». Así, cuando ya se desea algo, no se puede ver otra cosa. Véase el caso del amor...

He aquí que Colón regresa a España, pero lo interesante es preguntarnos ¿Cómo se recibe esta extraordinarísima noticia? Aquí es donde la historiografía

tradicional ha caído en un terrible pozo, porque a esta convicción de Colón se le va a llamar un «error». ¿Por qué un error? El momento en el que se le va a aplicar el concepto de «error» a ese suceso tal y como lo estoy describiendo, es desvirtuar para siempre la comprensión de la gesta colombina. Este concepto de «error» en historia realmente no es aplicable; todavía en las matemáticas puede que sí. Pero ¿cómo llamar «error» a la vivencia profundísima de este hombre? Llamarle error es ponerle un velo, obnubilar totalmente la comprensión del suceso. El que cometió un error es el que dice que Colón cometió un «error». Porque ¿error para quién? Para nosotros, quizás, pero... ¿para Colón? Estamos tratando de meternos en esa persona, en el alma de este hombre.

Veamos entonces lo que pasa a su regreso a España: se enfrentan dos posturas ideológicas antagónicas, una en contra de la otra. Dos posturas bien discernibles pero distintas. Colón dice: «He llegado al Asia», y los sabios le dicen: «Es posible pero es improbable». En suma, se enfrentan un creyente contra unos escépticos, y si pensamos con más cuidado la índole de estas dos posturas, lo que tenemos es lo siguiente: la postura de Colón no es una hipótesis, es una certidumbre o, mejor, es una creencia. Los escépticos toman la afirmación de Colón como una posibilidad improbable, como una hipótesis, es decir, como una idea. Usando ese también famoso contraste de Ortega y Gasset «creencias-ideas»; Colón es creyente; los escépticos son hipótesis-ideas. La diferencia es profunda. La creencia es invulnerable a la experiencia. La experiencia no puede penetrar en la creencia. En cambio, la idea en oposición a la creencia está dada en su condición, sujeta a prueba. La idea no se impone a la experiencia; cuando la experiencia contradice la idea, se cambia la idea a una nueva idea, así es como marcha la ciencia. Por tanto, aquí manda la experiencia, contrario al caso de la creencia.

La postura de Colón será salvar la creencia que le está iluminando la vida, contra los escépticos que le están echando en cara la experiencia.

A Colón, pues, le pasa algo horrible a su regreso, porque los reyes, sobre todo Fernando, le piden pruebas. No puede haber una situación más horrible para un creyente que el que le pidan pruebas de algo que para él no requiere demostración, ya que es la evidencia misma lo que él está exponiendo, pero Colón no tiene más remedio que conseguirlas. Ahora entonces, el problema es el siguiente: ¿Cómo puede probar que esas islas, ese archipiélago que encontró es aledaño al litoral asiático? La prueba tendrá dos puntos: Primero, el que cerca de esas islas exista realmente una masa continental. Segundo, demostrar que esa

masa o litoral que se encuentre es parte de Asia. Esta segunda parte de la prueba, que es la definitiva, tenía una manera de probarse: la idea que se tenía de las costas de Asia era que estaba rematada en una de sus partes por una península que se llamaba el Kersoneso Aureo, o sea, la Península de Oro. El único texto referente a esa Península que se tenía era el de Marco Polo. El problema radicaba en que Marco Polo fue a China por tierra y parte de su regreso a Venecia lo hizo por mar. Ergo tendría que haber un paso de agua de la costa de China que lo llevara a la India y después de costearla llegar a Arabia para regresar a Venecia. Lo que le piden los Reyes a Colón es que demostrara que había un litoral grande, continental y que había un paso de ése hacia el Mar Índico. Sobre esto va a girar el resto de la aventura.

Ahora nos embarcamos en el segundo viaje, donde Colón viaja por el litoral de las costas de lo que hoy es Cuba, llegando a donde la costa declina y casi llegando al cabo final de la isla. Cuando arriba a donde la costa declina, le dijo en un imaginario diálogo a los marineros: «Tenemos que seguir». «No, ya no podemos porque la desgracia nos sigue —le contestaron—»; «Bueno —respondió—, pues a reserva de otra cosa vamos a levantar un Acta». Ya saben Ustedes que los españoles le tienen una gran fe a las actas... Bueno, en este Acta va a querer probar lo siguiente: que conste que la costa que había explorado no podía ser isla, porque era muy larga, y no se tenía noticia de una isla que fuera tan larga. Así era su razonamiento... De manera que esta tierra no «era» isla. Entonces... ¿Qué era? La explicación era sencilla para Colón: había estado navegando a lo largo del litoral asiático y ya había llegado a donde declinaba la costa, al comienzo de la famosa Península de la que hablaba Marco Polo, y estaba a punto de encontrar el anhelado paso. Eso fue lo que se levantó en el acta, firmada por todos, pudiendo regresar muy contento con su prueba.

La reacción a su segundo regreso a España se la pueden imaginar, ya que naturalmente el acta fue motivo de burla; además de que el viaje resultó un desastre económico. No había oro, aquellos maravillosos mundos de los que habló en sus cartas no existían.

Lo importante de esta expedición desastrosa fue que la Corona ya no tuvo interés en reclamar el monopolio de estos viajes.

En el tercer viaje, se tenía como objetivo hallar el «paso». El mapa que pinta perfectamente la situación en ese momento es el de Juan de la Cosa, que tienen

ustedes muy cerca; en el Museo Naval. Lo importante de este mapa son las dos posibilidades que presenta para encontrar el paso. Por el sur, cerca del Ecuador. En esta posibilidad, nos encontramos con que hay un litoral que acusa una gran masa de tierra, porque al entrar en una bahía los marinos se dieron cuenta de que el mar ahí era de agua dulce y sólo un río muy poderoso puede empujar las aguas del océano para convertirlas en agua dulce, y sólo un continente muy extenso puede tener un río así de potente.

Entonces se le ocurrió a Colón que ese río poderosísimo era el que salía de la fuente del Paraíso Terrenal, lo que le dio la convicción de encontrarse muy cerca del Paraíso. Ustedes no pueden imaginar lo que eso significaba para una mente medieval y hasta renacentista. Siempre fue una inmensa preocupación saber dónde estaba el Paraíso Terrenal. Se «sabía» que en Asia.

Esto hace suponer lo siguiente: como la masa septentrional de tierra era Asia, si la masa meridional estaba unida, por tanto tiene que ser todo Asia. Si esto es así, el paso del mar tendría que estar al extremo de la masa meridional. Pero si no estaban unidas, si eran masas separadas, entonces el paso estaría en algún punto de esas dos masas. Pero entonces la masa meridional ya no sería Asia; sería un *Orbis Alterius*, otro orbe. Es lo más cercano que Colón llegó a concebir la posibilidad no de América, pero sí de otro orbe.

Ahora el problema era resolver ese dilema; se organizan entonces dos expediciones que tienen como finalidad salir de la duda de dónde estaba ese paso. Una de esas dos expediciones es un viaje de Américo Vespuccio, patrocinado por Portugal, que fue en 1501-1502. Y desde luego, el cuarto viaje de Colón, que fue en mayo de 1502. Vespuccio intentó encontrar el paso por el sur y Colón intentó encontrarle entre las dos masas, las del norte y la del sur.

Ahora bien, Vespuccio explora toda la costa de lo que hoy es el litoral atlántico de América del Sur, por supuesto sin encontrar el paso. Colón explora la región intermedia antes mencionada y tampoco encuentra el paso. Vespuccio, al recorrer ese inmenso litoral, saca una conclusión obvia: ese inmenso litoral no es asiático, ya que por ahí no había podido pasar Marco Polo. Colón, por su parte, al no encontrar el paso, piensa que debe estar donde busca Vespuccio. La cuestión ahora es cuál de las dos tesis tendría necesariamente la preferencia: la de Vespuccio. Veamos por qué: la tesis de Colón tiene por fundamento su «creencia» de que la masa septentrional era Asia. Y como no encontró el paso llegó a la conclusión de que todo estaba unido y que todo era Asia. Vespuccio tiene, en

cambio, por fundamento su «experiencia» del viaje enorme que hizo. En otras palabras, la tesis de Vespuccio tiene a su favor una observación empírica y Colón tiene una tesis *a priori*.

Aquí nos vamos a despedir de Colón, quien, diríamos, fue el héroe que lleva a cabo la gran hazaña. La única tesis con futuro histórico es la de Vespuccio.

La experiencia de Vespuccio acabó por conducirlo a la conclusión de que todas las tierras eran de ese orbe desconocido. Será el primero en concebir que este enorme litoral explorado es una sola tierra antes desconocida, surgiendo la imagen de lo que después se llamará América como una inmensa barrera atravesada de polo a polo en el océano, independiente del Asia. Esto es una inmensa novedad, impensable por imprevisible. Será una concepción revolucionaria que encontró su expresión gráfica en un enorme mapa que es el de Waldseemüller. El planisferio de Waldseemüller en donde ya hace acto de presencia esa América. Pero es la concepción de que los litorales forman una sola masa de tierra continental lo que eleva a tesis en un famoso texto que se llama *Cosmographia Introductio* de 1507. Dice ese texto: «...tradicionalmente el mundo ha sido concebido como constituido o formado por tres partes contiguas: Europa, Asia y África. Recientes exploraciones han mostrado la existencia de una cuarta parte. Como fue concebida como tal por Américo Vespuccio y todas las partes tienen nombres femeninos, bueno será llamarla América», aclarándose el que esta cuarta parte es isla, es decir, que está separada de las otras por el mar. Podemos comprender que así es como realmente surge América. No como una explosión mágica o un cañonazo. Tenemos así la idea de unas tierras antes imprevisibles, siendo así como este ente geográfico-histórico hace acto de presencia en el escenario de la historia. Ni Colón, ni Vespuccio, ni nadie lo descubrió. Porque la idea de descubrimiento es como decir que esas tierras estuvieron ahí desde siempre y para siempre llamadas América, esperando que llegara un navegante a descubrirlas. América es, pues, el producto de un largo proceso y de una ideación y citación a Heidegger: «... lo que se idea es lo que se inventa, y lo que se inventa ingresa en el sistema de ideas de una época y de una cultura».

Al hacerse América visible en el hombre y en la imposición de un nombre, surge ante nuestra conciencia. ¿Cuál sea el profundo sentido trascendental de esta invención de América?, ¿cuál sea el sentido de haber nacido América bajo el signo de cuarta parte del mundo? Es lo que quisiera responder en la segunda parte de esta Conferencia. Muchas gracias.

CONFERENCIA DEL DOCTOR EDMUNDO O'GORMAN.  
II PARTE 3-XI-1986

Hoy será una plática, conversación más breve. Vamos a iniciar el bello ejercicio que es razonar. En mi Conferencia anterior me parece haber puesto en crisis en sus fundamentos la proposición tan venerable, tan repetida «Colón descubrió América». De la misma manera, ¿cómo sustituir esa proposición para explicar la manera en que es el «Mundo Nuevo», esta barrera enorme que se atravesó en el Océano, hizo acto de presencia? Y presente como del «Ser» asiático que se le concedió a la primera tierra que halló Colón hasta que ya no fue posible sostener esta manera de concebir el «Ser» de aquellas nuevas tierras. Hubo, pues, un vacío de «ser» y la pregunta es entonces: ¿Qué es esa masa de tierra que tan imprevistamente ha surgido? Ese proceso vemos que culmina en la necesidad de dotar a las tierras con otro «Ser», el «Ser» americano. Y esta aportación del nuevo «Ser» se opera, tenemos el testimonio, en ese pequeño Tratado de 1507 que se llama la *Cosmographia Introductio*, que podríamos considerar como el «Acta de Nacimiento» de América. Es ahí donde hace acto de presencia en el mundo América. Por lo que las demás historias que se han vertido en torno a este hecho no tienen nada que ver con lo que realmente ocurrió. Jamás hubo descubrimiento de América. Lo que sí hubo fue un largo proceso de experimentación, de viajes y exploraciones que acaban revelando que no es Asia, por lo que se le dota de un nuevo «Ser». Nace, pues, América bajo el concepto de cuarta parte del Mundo. Esto puede parecer muy obvio. Verán ustedes la inmensa trascendencia de este pensamiento.

¿Qué sentido tuvo en ese momento poder decir: hay una cuarta parte del Mundo? La trascendencia que tiene es la de un cambio radical de la visión del mundo. ¡Cambio de la visión del mundo! Y hay que decirlo también en una ecuación: cambio de la visión del mundo es también cambio de la idea del hombre.

Para entender esto mejor es necesario recordar el sentido que tenía esta concepción, esta noción de que el Mundo, la Isla de la Tierra: Europa, Asia y África; esta división tripartita, era la única manera en que estaba constituida la tierra no sumergida en el mar. Es importantísimo que se compenetren de la idea de que esa porción no sumergida por el mar es, en realidad, una escepción extraordinaria dentro de la concepción aristotélica de la naturaleza, que era la vigente entonces. Se suponía que por el peso de los cuatro elementos ocupaban un lugar especial dentro de la realidad. La tierra es el elemento que se define como el más pesado. Ergo es el que está hasta abajo. En seguida venía el agua: menos pesa-

da pero por principio tendría que cubrir todo el elemento tierra. Después vendría el aire y después el fuego. Ésta es la concepción clásica. Entonces, ustedes ven que ya la idea de un pedazo de tierra no sumergida es una excepción extraordinaria contra la concepción «en pureza» de lo que debería ser el cosmos. Hay muchas teorías raras y curiosísimas de cómo explicarse la existencia de esta excepción de un pedazo de tierra no cubierta por el mar como, por ejemplo, de que una estrella ejerció un jalón sobre el agua del mar descubriendo un pedazo de tierra. Esto se encuentra también en Dante y está en la cabeza de Colón. En un momento, Colón creyó que iba navegando cuesta arriba. Un monte de agua. A lo que voy es a esto: este «orbis terrarum» era algo excepcional, Dios había querido descubrir este pedazo de tierra para la satisfacción del hombre. En la violación de este sistema físico se encontraba un deseo divino cuyo objeto era proporcionarle al hombre un lugar donde vivir. De manera que el hombre vivía en ese pedazo de tierra como en una cárcel. Todo lo que le rodea, el océano, es ya parte del cosmos, de lo que le corresponde a Dios y no al hombre.

De manera que el viaje de Colón tiene una grandeza especial en el sentido de que atravesar el océano, pues, es muy parecido a los viajes ahora al espacio. Claro, con una gran diferencia, por las razones que ahora veremos.

El hombre es algo así como un inquilino de ese pedazo de tierra. Ustedes ven, entonces, cómo esta ecuación de «hombre-mundo» se nos presenta muy viva. Según el hombre concibe a su mundo, se concibe a sí mismo. Es, por tanto, inquilino, siervo, preso.

La inmediata conclusión de lo que acabo de explicar es que el Océano no le pertenece al Hombre, es algo ajeno a él. En parte del infinito cosmos, del universo que es de Dios. En una palabra, el globo terráqueo, como hoy lo consideramos, no es del hombre. Verán ustedes la inmensa repercusión que va a provocar esta cuarta parte.

Ahora pensemos sobre esto de la división tripartita. La parte no sumergida que está constituida por Europa, Asia y África —en ese orden—. Pero esto no trata de una división, en el sentido que puede ser división las provincias de España, por ejemplo; sino son cualitativamente distintas. No son homogéneas, son distintas por su índole, por su naturaleza, ya que así las creó Dios y tienen un orden jerárquico cualitativo. La parte principal es Europa que se concibe como la reina por ser el asiento de la Cristiandad; es donde la civilización Cristiana ha florecido. Asia es la segunda parte es el lugar de origen del Cristianis-

mo y del hombre, debido a que fue creado en el Paraíso y el Paraíso se creía que estaba en Asia. La tercera es África, porque se considera la parte maldita. Esta división viene de muy antiguo, pero con la carga del Cristianismo se le da este sentido. Tiene, por ejemplo, una enorme importancia debido a que se le concibe como la demostración del testimonio de ni más ni menos la Trinidad. Se debe, desde luego, al pensamiento alegórico medieval; como los bellísimos también tres Reyes Magos, montados cada uno en su animal totémico. Esto se lo digo a Ustedes para que vean la casi imposibilidad de pensar en una cuarta parte.

Póngase ustedes en el lugar de poder apreciar la dificultad inmensa de concebir esta cuarta parte. Se tuvo que vencer esta formidable, antiquísima, venerable tradición, científica para ese entonces. No es tan fácil como simplemente decir: «hombre, ya apareció la cuarta parte...». El trabajo, ese esfuerzo de expedición tras expedición, tras expedición y de decir Asia, Asia, Asia..., hasta que viene la crisis terrible del viaje de Américo Vespuccio en que no se puede ya sostener la idea de Asia.

Esto crea un enorme vacío que hay que llenar con un SER, bautizar con un nombre. Al ponerle nombre lo integran a lo conocido, al sistema que como decía Ortega y Gasset: «al Sistema de Ideas y Creencias». Esto demuestra, ahora sí, el perfil poderoso de lo que es ponerle nombre, y también poderoso e importante es la idea de cómo dentro de la concepción cerrada de tres partes jerárquicas se atrevieron a pensar en una cuarta parte. Pero dentro de esas jerarquías de tres partes, América, la cuarta parte, no adquirió una jerarquía especial. Lo que se hizo fue asimilarla a Europa. Toda la empresa de las metrópolis conquistadoras y colonizadoras, ya sea España, Portugal o Inglaterra, trasplanta la Europa a esa cuarta parte nueva, para crear ahí la Europa Nueva.

Este es el profundo sentido del Nuevo Mundo; el Mundo es la habitación del Hombre, esta cuarta parte será una nueva habitación del Hombre. Nuevo Mundo, eso es y en ese sentido, nada de «encuentro de dos mundos»; eso son pampas.

Entonces, esta cuarta parte es, en cuanto a este ente geográfico, importantísima en la proposición de la *Cosmographia Introductio* en donde dice: «...las tres partes tradicionales están contiguas, pegadas...», pero son continentes, en el sentido original de la palabra. Es cuarta parte a pesar de estar separada de las demás, de ser una «isla».

Esta es una inmensa revolución en el pensamiento. Y se equipara la cuarta parte a las otras tres tradicionales, a pesar de ser isla, pues... ¿Qué es lo que está pasando? Están aniquilando al océano. El océano era lo que definía al *orbis terrarum*; era el límite cósmico de la habitación del hombre. Y de repente viene esta idea de que el océano ya no limita nada. En una palabra, el océano queda desbancado de su antiquísima naturaleza de límite del hombre, para convertirse en algo así como un río muy ancho. No significa una verdadera separación. Y al hacerse esto, el océano se divide en dos porque América será una barrera en el antes único océano, concibiéndolos como dos mares mediterráneos. Ustedes ven que la gran tradición se va degradando, entra en crisis, se abandona.

Así, pues, al quedar anulado el océano en su antiguo prestigio, la cuarta parte, esa cuarta parte que es «isla», se unirá como continente. Pero un continente dentro del concepto antiguo, raro, heterodoxo. Como el océano ya no era nada, pese al océano, será contiguo.

Se ha pasado de vivir en un mundo cerrado del que no se podía salir por mandato divino, a un mundo con una estructura distinta; en efecto, piensen ustedes que en el dramático y extraordinario momento en que se dice: «Es la cuarta parte del mundo», se acabó el mundo cerrado. De una estructura rígida, cerrada, que es la que vivió la humanidad hasta esos días, porque de una serie cerrada, tripartita, se pasa a una serie matemática, aritmética; abierta, infinita. Uno, dos, tres partes, CUATRO pues sí, ¿Cuatro?, cinco, seis, siete, ocho, etc. En el momento que se admiten cuatro, se admiten cinco, seis, las que sean. Por eso, ninguno de los aquí presentes sabe quién es el descubridor de Australia ¿Por qué no lo sabemos? Porque ya no tiene la inmensa carga de novedad que tiene esta otra que rompe con toda la antiquísima concepción del mundo. Luego vendrá la sexta que es la Antártida, un enorme continente en el Polo Sur.

En el momento que se dice cuarta parte, el hombre se posesiona conceptualmente en principio... del universo entero. Las partes que se vayan encontrando dependerán de su osadía y de su técnica; y así en nuestros días, podemos ver en la televisión cuando el Hombre posa un pie en la Luna, siendo ésa la séptima parte, y ya se está pensando en construir esos aparatos espaciales... el hombre ya es el dueño del Universo. ¡Y estoy diciendo una terrible herejía! Del Universo... de la Trinidad... este pequeño hijo de Adán, pecador, se convierte en el AMO DEL UNIVERSO; echa a andar sus ingenios, sus máquinas... ¡Es demoniaco!

Vemos entonces, cómo en estos brevísimos momentos hemos asistido al cambio poderosísimo, enormemente importante cambio, de la cultura de occidente. De la cárcel a la libertad; de la servidumbre a ser amo. Describo con esto la revolución del hombre moderno, del hombre-máquina, del hombre que se apodera. De manera que ahora lo tenemos señor y dueño de la realidad universal. El Hombre reclamará entonces como suyo el Universo entero; ese inmenso campo para ir labrando, esa cantera suya. Porque la cantera cósmica es inhabitable, pero el hombre con su ingenio va convirtiendo ese existente yermo en algo humano. La primera cosa ya es convertir piedra en casa; y va construyendo su mundo. Es «el que hace mundo». He ahí la enorme importancia.

Tal es el sentido real de la idea del Nuevo Mundo. Es el nuevo territorio donde puede «hacer», aumentar su mundo. Por eso, es empresa colonizadora, conquistadora. Éste es, pues, en esquema, la inmensa revolución filosófica, teológica, geográfica, antropológica, etc. Y tal, queridos amigos, es el sentido verdadero del hallazgo de esa pequeñita islilla a la que llegó Cristóbal Colón el 12 de octubre de 1492.

Ya se ve que concebir esa efemérides, esa fecha extraordinarísima de la historia de la Cultura Europea y del Mundo; concebir esa fecha como «Descubrimiento de América» es una interpretación maligna, porque nos oculta a la vista estas maravillas que les he contado hoy.

Toda interpretación tiene su sentido y su historia, pero cuando una interpretación también entre en crisis en Historia, si sigue vigente, es un velo para no ver la realidad, porque la interpretación se ofrece como realidad. Si la interpretación ya ha entrado en crisis, ya ha tenido su razón de ser y si persiste se convierte en la ocultación de la verdadera grandeza de ese singular hallazgo de Europa. En Historia hay que hilar más delgado. Creo que me perdonarán si tengo la pretensión de aprovecharme del enorme honor que se me hace al dejarme hablar desde esta ilustre Cátedra, en sugerir que al conmemorar ese 12 de octubre de 1492, no se le debe regatear a España el reconocimiento de su formidable participación en la mudanza histórica, en la revolución ideológica, cuya trascendencia apenas he esbozado. Es la participación en la empresa hispano-colombina, de este primer atisbo, la primera apertura al advenimiento de la modernidad, que liberó al hombre de su antiquísima cárcel cósmica para convertirlo en el señor del Universo. ¿No es esa, en verdad, poca gloria de España? Muchas gracias.

Universidad Complutense, 27 de noviembre de 1986.